

tura humana y que directa o indirectamente tienden a procurar el bienestar moral de la humanidad.

Muchas y muy diversas son las categorías de bienes aceptadas por los estoicos; pero todas ellas parecen eclipsadas por la virtud, proclamada por el estoicismo como el bien supremo. Para los estoicos, el sabio debe ser bueno, por encontrarse en superiores condiciones a los demás hombres, para llegar a la adquisición de la virtud y para elegir entre todos los valores los más acordes con su naturaleza privilegiada. Por consiguiente, en el estoicismo encontramos el mismo culto por la sabiduría que encontramos en la ética socrática y platónica. Los estoicos afirmaron que únicamente el sabio podía escapar a las perniciosas influencias del vicio y aspirar a una vida mejor, mediante el perfeccionamiento espiritual.

Otro de los conceptos sobresalientes de la ética estoica y que sólo es peculiar a ella en el panorama filosófico antiguo, es el concepto de los deberes humanos, al cual se le atribuye en la ética moderna trascendencia especial. Consideraron aquellos antiguos filósofos que todo hombre, por la mera razón de su existencia, tenía la obligación imprescindible de cumplir ciertas funciones, impuestas por las necesidades de la vida. Además, creyeron que esta imposición de los deberes que tenía cada hombre podía manifestarse externamente bajo la forma universal y coercitiva de leyes y costumbres. En el caso especial del sabio concluyeron que los deberes eran un simple imperativo de su recta razón y de su bien dirigida voluntad. Desde los estoicos principió a distinguirse con claridad entre los deberes humanos y los divinos, según que se refirieran a los deberes de los hombres entre sí o a los deberes de los hombres para con su Creador. Además de estas dos categorías de deberes concibieron los estoicos una tercera clase compuesta por todos aquellos deberes que de una manera general atendían al interés, conservación y bienestar de la colectividad, y que a pesar de encontrarse dentro de los deberes humanos, sin embargo, por su carácter especial, se catalogaron en una tercera clase que podría denominarse con el nombre de deberes del hombre para con el Estado. En este punto la ética estoica se caracteriza ante todo por su ideal de solidaridad social y por el profundo respeto que profesa ante todas las instituciones del Estado.

Con los precedentes anteriores puede establecerse en forma más o menos precisa, la relación existente entre el pensamiento ético de los estoicos y las actuales tendencias del pensamiento moderno. La breve reseña que se ha hecho de sus principales concepciones éticas indica hasta cierto punto cuáles son las diferencias fundamentales y cuáles también las relaciones del estoicismo, con las doctrinas cristianas. Los estoicos tuvieron un mérito inapreciable al elaborar una norma de vida y de moral, en una época de confusión y de crisis. Cuando el pueblo griego, destrozado por la confianza en su propia grandeza, se sumergía en una terrible era de decadencia jurídica, política y filosófica, surge del caos reinante el estoicismo y proclama como solución salvadora una regla ética para todos los hombres. Empero, esta moral estoica se limitó a un mundo terreno y visible, sin pe-

netrar en ese hermoso mundo invisible y desconocido cuya infinita grandeza nos la mostró más tarde el Cristianismo. A pesar de esta deficiencia de la ética estoica, es indispensable aceptar con Paul Barth, que "el estoicismo de la antigüedad ha ayudado no poco a una parte de la posteridad moderna europea, a resolver los problemas del pensamiento y de la vida". La filosofía moderna no puede, por tanto, permanecer indiferente ante un sistema filosófico de la magnitud del estoico, sino que, por el contrario, debe situarse en un justo medio y reconocer en él uno de los sistemas filosóficos más influyentes de la Edad Moderna y el más grande de los tiempos antiguos por su eticidad.

SAMUEL SYRO

★

UN HUMANISTA PERPLEJO

"¡Oh cuerdo que tu elogio le diste a la Locura!"
—GUILLERMO VALENCIA.

El nombre de Erasmo despierta en la mente del hombre culto el recuerdo de polémicas y disputas que pasaron a la historia con el soplo tormentoso del gran cisma que rompió la unidad de la Iglesia Católica y llevó a la arena de la lucha ardiente a los cristianos de la vieja Europa. Porque Erasmo pretendió en vano llevar a ese campo el verde ramo de la paz, porque se empeñó en una ingrata y por demás estéril obra de concordia, de tolerancia y de apaciguamiento, católicos y protestantes se lo disputan como suyo y alguien dijo, ateniéndose simplemente a las apariencias, que el huevo del protestantismo había sido puesto por Erasmo y empollado por Lutero. Para mi inexperto juicio el polígrafo de Rotterdam, el consumado humanista de su tiempo y de todos los tiempos, no dejó de ser nunca católico, y si bien sus inclinaciones a la crítica y sus dotes de ironista lo llevaron muchas veces a ridiculizar a frailes, monjes y religiosos, aquella crítica estuvo siempre encaminada a zaherir los usos y costumbres de las gentes de hábito, pero nunca a remover los cimientos de las doctrinas y dogmas, ni aun la propia autoridad de la Iglesia, o sea de la piedra angular sobre la cual ella se fundó y sobre la que reposa por la eternidad de los siglos.

Tienen los genios el privilegio, no acertaría a decir si envidiable o ingrato, de promover en torno de ellos y de sus creaciones, junto con la admiración de sus coetáneos, la de opiniones apasionadas y contradictorias. Sus admiradores consideranlos cumbres de sabiduría y virtudes, guiones y maestros; sus adversarios, inteligencias extraviadas y sentinas de vicios o pecados. En suma, los hombres superiores son dicutados en vida y se continúa discutiéndolos después de que desaparecen. Los bandos formados pa-

ra defenderlos y combatirlos no se disgregan y las batallas que promovieron continúan librándose en torno a sus tumbas. No hay alivio ni reposo para sus memorias.

Por ello que Erasmo sea tan discutido hoy como en los lejanos tiempos de su fama y renombre, y tan leído entre los eruditos y profundos conocedores de la lengua del Lacio, como siglos hace cuando sus obras constituían el solaz y el tema de meditación de los brillantes y sutiles espíritus de la era del Renacimiento.

Bien vale la pena de que hagamos una síntesis de la vida de Erasmo, porque de ella precisamente se desprenden los rasgos esenciales y los caracteres de su obra escrita, que parecerá a primera vista extraña para quienes desconozcan el tiempo y las circunstancias en que se movió aquella alma inquieta y burlona que se propuso seguir casi a la letra el aforismo latino: "Castigat ridendo mores." Riendo se corrigen las costumbres.

Estuvo rodeado el nacimiento de Erasmo, o mejor diré, su cuna, de hadas adversas. Nació en Rotterdam en 1467, el 26 de octubre, lo que vale decir, cinco lustros antes del descubrimiento de América. A poco de haber nacido murió su madre y contaba trece años apenas cuando su orfandad fue completa. Sus tutores no se cuidaron de descubrir su vocación y hubiéralo querido o no, lo destinaron a la carrera religiosa internándolo en un convento de agustinos. Pero el muchacho no se sintió muy acomodado en el claustro y le tomó poco apego a aquella vida de paz, reprochándole, sin embargo, más tarde, en su "Elogio de la Locura", a sus superiores, que la mayoría de ellos fueran las gentes menos solitarias que él había conocido. Le atraían más que los ejercicios y prácticas religiosas, el cultivo de las bellas artes y también un poco el arte de la pintura. Fue, en cierto modo, un precoz, porque a los veinte años había publicado escritos que llamaron la atención del obispo de Cambrai, Henri de Bergues, que sacó al joven de su convento para hacerle auxiliar suyo después de haberlo ordenado sacerdote.

Dedicado a severos estudios de las humanidades, al conocimiento del griego y del latín, en tales disciplinas necesariamente había de leer las obras de los más famosos y célebres autores que escribieron en esas admirables lenguas y que no confesaron, como es sabido, una religión que no conocieron ellos pero que presintieron, sin embargo. El Renacimiento los había revivido, no para volver al culto de los dioses paganos sino para admirar la belleza, la perfección del pensamiento y la forma literaria.

Un historiador moderno, en su libro "La Renaissance", Frantz Funck Brentano, describe así a Erasmo: "Era un hombre de pequeña estatura, de aspecto enfermizo, seco y nervioso. Su salud fue toda su vida muy delicada. Sufrió del estómago; sus últimos años fueron torturados por los cólicos hepáticos." La posteridad ha podido conocer la interesante y sugestiva fisonomía de Erasmo por tres retratos célebres. La admirable obra maestra de Holbein, que se conserva en el Museo del Louvre. Quentin Matsys hizo también un retrato de Erasmo en 1519 y el tercero es el conocido de Dure-ro hecho en 1526.

El mismo Funck-Brentano lo juzga desde el punto de vista moral así: "Era muy bueno, muy inteligente; el conjunto de su vida fue de una gran dignidad no obstante sus incesantes peticiones de dinero a los ricos y poderosos de la época."

A pesar de que estudió el griego, y probablemente porque esa lengua no llegó a ser en el Renacimiento ecuménica, no logró poseerla tan a fondo ni conocer todos sus secretos, como si le ocurrió con el latín, en el cual están escritos casi en su totalidad, todos sus libros. No he saboreado las muchísimo menos, la lengua latina, y habiendo adquirido hasta ahora los más rudimentarios conocimientos de ella, confieso que no he saboreado las obras de Erasmo sino en las versiones españolas, algunas bastante defectuosas, especialmente la del "Elogio de la Locura".

El "Elogio de la Locura" es, sin disputa, una cruel y mordaz ironía enderezada a fustigar las costumbres de los monjes enclaustrados, de los contemplativos, pero ahondando en su intención nada se descubre que pueda tomarse como abjuración de la pura fe católica.

El principal representante del humanismo y el que puede llamarse la encarnación de su genio, era, ante todo, un literato. No quiso ser y no pretendió ser un Doctor de la Iglesia. Su ironía se ensayó no sólo contra los monjes, sino contra los pedantes que se esforzaban en dar a su estilo un pulido clásico, en imitar a Cicerón, que evitaban toda fraseología cuya sanción no pudiera encontrarse en la mejor autoridad antigua y aun todo el léxico que no se hallase en su autor favorito. Escribía Erasmo de prisa; "precipito más bien que compongo". Sin embargo, su vasta erudición, su estilo de una perfección inimitable, hicieron de él el autor más leído, más comentado, más discutido del Renacimiento. Fue, sin lugar a dudas, el príncipe de los humanistas, por consenso universal.

Pienso que si a Erasmo no le hubiera tocado en desgracia vivir cuando el monje alemán Lutero, hombre de carácter soberbio, empuñó la bandera de la Reforma y rompió con mano airada la unidad de la Iglesia, nadie sería osado a negar su catolicidad. Fue un infortunio para Erasmo que en el momento crítico del cisma religioso hubiera cruzado su vida con la de Lutero. Una de las virtudes de Erasmo, y más bien que virtud, pasión, fue la tolerancia. Tenía la noble obsesión de la concordia, de consiliar voluntades, y medió en la lucha empeñada entre los cismáticos y el Papado. Escribió documentos admirables, dirigiéndose a los contendores, con el propósito de llevarlos a un terreno de compromiso y de conciliación. Pero tan no estaba ofuscado Erasmo con las inverecundas predicaciones de Lutero, que a poco éste le cobró singular aversión y antipatía, al punto de que lo considerara, no como a un ser humano sino como a una alimaña feroz.

Hay dos personalidades en Erasmo: la del humanista y polígrafo. La otra es la del religioso, la del hombre que comulga en la fe y que de ella no abjura. Las Sagradas Escrituras fueron para él el libro de la verdad y toda la verdad. Lo indignaba el menor connato de adulteración de los Evangelios y tuvo el valor de advertir a los protestantes "que los libelos y



caricaturas regados por ellos en Europa no podían menos de causar perjuicios a su causa." "¿Créis, les añadía, que con tales recursos estáis abriendo los caminos al Evangelio? Creo más bien que con la tonta malicia y la maliciosa tontería, dando en tierra con las bellas artes y el propio Evangelio si ello se pudiera, lo que estáis haciendo es labrar vuestro descrédito." Por medio de sus ediciones de Cipriano y de Jerónimo y sus traducciones extractadas de Atanasio y Crisóstomo, abrió la vía al conocimiento de la antigüedad cristiana y a una teología bíblica y pura. Su edición del "Nuevo Testamento"; las paráfrasis que de él hizo; sus comentarios; su tratado sobre la predicación y otras varias obras suyas contribuyeron a profundizar los conocimientos cristianos. No fue la vida de Erasmo la de un místico, mas sí la de un creyente. No se aisló en la contemplación y prefirió hacer de su existencia una milicia. Y todo ello lo hizo con un profundo desinterés, por amor a Jesucristo. Su vida privada no fue la de un santo pero tampoco la de un pecador rebelde. Huyó de los vicios, no colgó sus hábitos de sacerdote católico y sólo con la dispensa de un obispo dejó de usar los religiosos de la orden a la cual había pertenecido. El Papa no censuró sus obras y fue apenas la Universidad de París la que prohibió la lectura del "Elogio de la Locura".

Su empeño en reconciliar a católicos y protestantes, en reconstituir la unidad de la Iglesia de Cristo se explica perfectamente cuando apenas comenzaba el cisma de Lutero a dar sus primeros frutos. Todavía dos siglos después, al final del XVII, Bossuet, indiscutido e indiscutible doctor de la Iglesia, se ensayó en ese intento, asociándose al filósofo alemán Leibnitz, quien en 1676, siendo bibliotecario de Hannover, encontró en la persona del duque Juan Federico, príncipe católico que reinaba sobre súbditos protestantes, el hombre en quien Roma esperaba convertir a Alemania del norte. En Leibnitz encontró su más fervoroso partidario el príncipe Juan Federico y no obstante que entonces se preparaba y se ejecutaba en el reino de Francia la revocación del Edicto de Nantes y sensible a las violencias pasajeras y convencido de que el espíritu de Dios es la verdad y la vida, meditó y compuso la profesión de fe que se llama "Systema theologicum", "de tono, dice un crítico, tan hermoso y tan grave".

En aquel tiempo vivía un francés que poseyó la pasión de la ortodoxia. Era tan vigoroso, tan neto y de una lealtad tan perfecta, tenía una manera tan franca de abordar las dificultades y de declarar su pensamiento que para sus partidarios como para sus adversarios su concepto era siempre decisivo. Ese ejemplar y modelo de fe era Bossuet.

Después de haber examinado Leibnitz los dogmas, la existencia de Dios, la creación del hombre y del mundo, el pecado original y los puntos más controvertidos de la liturgia, los votos religiosos y el culto de los santos, llegó a la convicción de que nada se opondría a que católicos y protestantes se unieran e hicieran desaparecer algunas dificultades que los restituyeran a la fe común. Bossuet acababa de publicar su exposición sobre la doctrina católica que causó una gran sensación dentro del protestantismo y parecía tender la mano en señal de reconciliación; decía al concluir:

"Esta exposición de nuestra doctrina producirá dos buenos efectos: primero, que muchas disputas se terminarán completamente porque se reconocerá que ellas están fundadas sobre falsas explicaciones de nuestras creencias; segundo, que las disputas que subsistan según los principios de los pretendidos reformadores, por capitales que se hayan juzgado, pueden resolverse dejando a salvo los fundamentos de la fe." La exposición se consideró, por algunos extremistas, demasiado liberal para que fuera ortodoxa, pero mereció la aprobación del Papa. Y todo el mundo protestante estuvo atento a la discusión que emprendió el obispo Bossuet con el ministro Claude. Bossuet era inexorable, rudo y por lo mismo sus adversarios lo respetaban, le tenían en grande estima por la dignidad de su vida consagrada al deber, por su conciencia, por la invitación que hacía al protestantismo razonando con éste tranquilamente. Bossuet se abstenía de lanzar el anatema y atraía a los cismáticos a la catolicidad. Naturalmente el gran obispo de Meaux se acercaba espiritualmente a Leibnitz y lo estimaba y amaba a través de la distancia.

Este episodio de la vida religiosa es muy interesante. La conciliación fracasó porque Dios pierde a los soberbios y soberbios eran los protestantes. Pero el hecho histórico es que Erasmo no buscó, como Bossuet, cosa distinta de la conciliación y en ningún caso la claudicación.

Un pensador colombiano, el señor Marco Fidel Suárez, en uno de sus "Sueños" —el de la locura— sostiene que Erasmo nunca dejó de ser católico, y como apéndice a ese sueño transcribe los conceptos del humanista de Rotterdam sobre el Evangelio falso de Lutero, conceptos que considero oportuno copiar en parte.

"¿Qué diremos de un evangelio falso como éste de Lutero? A dónde los ministros son tahures, rufianes, alzados con lo ajeno, glotones y de todo punto rotos de conciencia: en tanto exceso, que no hay en el mundo cosa, por mala que sea, que no piense un luterano que la puede cometer libremente. Y con ser a una mano tales, que no hallaran lugar entre gentiles en ninguna ciudad por corrompida y desordenada que fuese, con todo eso hallan lugar y aun son honrados en este falso evangelio de Lutero."

Me parece que basta lo copiado para llegar a la conclusión de que cuando Erasmo vio en plena madurez el fruto de la nefanda obra de Lutero, se apartó del cismático, pero no con disimulo, ni eufemismos, sino con espanto, con repugnancia y hasta con el arrepentimiento de que llevó en su seno una víbora.

Para pretender, y lo curioso es que no lo pretendieron los Papas, excluir a Erasmo de la comunidad católica, tienen sólo un recurso cuantos lo han intentado: su "Elogio de la Locura" y sus "Coloquios". Las dos obras no tienen intención personal determinada, no son críticas individuales, pero naturalmente cuando pintó costumbres viciosas, deformaciones de las órdenes monásticas, sus contemporáneos vieron en aquéllas, obras de clave, y fueron dándole nombres propios al vicio y atribuyendo al de Rotterdam objetivos e intenciones que probablemente no tuvo y que si lo tuvieron,

podrían, apurando mucho, considerarse pecado de escándalo, mas no de herejía.

Escogió Erasmo para pasar sus últimos años la ciudad de Basilea, que disfrutaba de un medio ambiente relativamente tranquilo en lo social, en lo civil y religioso; un medio ambiente de tolerancia, de respeto por los fueros de la conciencia. Y allá le sorprendió la muerte a la edad de 69 años, curado de las vanidades del mundo, purificando su alma en las aguas lustrales de la caridad cristiana. En Basilea, entonces, debió ver a Dios cara a cara. En Basilea encontró la asociación que más puede apetecer un autor, la de Eroben, su editor preferido, el que esparció sus obras por el mundo y tuvo para él en sus últimos días cuidados y delicadezas de padre.

No es impropio repetir que conozco pocos libros de Erasmo, y aun éstos no he podido leerlos en la hermosa lengua latina, pero a todos apasiona y enamora el humanismo de Erasmo y su combatida existencia despierta una simpatía profunda, como todas aquellas que nacen en el espíritu y nutren el espíritu. Su gloria no pertenece a una época a un determinado momento de la historia. Es un sol que ilumina e iluminará siempre al intelecto humano.

JULIO HOLGUIN UMAÑA

*

JAMAICA

Me acuerdo perfectamente del día que llegué a Jamaica —el mar de un azul subido, el cielo despejado, un calor casi asfixiante, y allá a lo lejos, Kingston rodeado de montañas— edificios blancos ocultos entre las palmeras. Y luego la confusión de la llegada al muelle, los gritos de los marineros, los saludos afectuosos de los amigos, los vivos colores de los vestidos de los vendedores allá congregados, la busca del equipaje. El director del colegio que me había contratado había ido al muelle a buscarme, y mi primera impresión de Kingston fue la que me causó el viaje en carro hasta el colegio —una impresión de calles anchas, de edificios elegantes; una impresión que en cinco años que estuve en la isla tuve tiempo para rectificar.

Pero lo que más me impresionó aquel día fueron unas pocas palabras que cambié con un portero en el muelle. A mí me parecía que él no hablaba inglés porque no entendí ni jota de lo que me dijo. Y eso a pesar de que yo sabía que Jamaica era una posesión británica, cuya lengua oficial es el inglés. Pero la diferencia entre el inglés de Jamaica y el de Inglaterra es enorme, y consiste no solamente en la pronunciación sino también en el vocabulario. Con el tiempo me acostumbré a entender a los campesinos y hasta a hablar, aunque con mucha dificultad, su dialecto. La gran

diferencia está en que en el dialecto jamaicano los verbos sólo tienen un tiempo, que es el presente, y una persona, que es la primera del singular; y, además, que en vez del sinnúmero de pronombres que tiene el inglés, el jamaicano tan sólo tiene uno. Pero a pesar de estos defectos, en una lengua que tiene una gran riqueza de refranes y de cuentos populares, muy parecidos a los de Brer de los Rabbit, Estados Unidos, y cuyo protagonista es cierto Annancy, una araña, que representa la astucia y la doblez.

Las palabras del léxico jamaicano son casi todas de origen inglés, aunque muy corrompidas, pero también las hay de origen africano, como, por ejemplo, “nyam”, que es “comer”, y “obeah”, que significa “brujo”, y “buccra”, que es “hombre blanco”. Pero las palabras que más me interesaban eran las que evidentemente eran de origen español.

Cristóbal Colón descubrió Jamaica en octubre de 1494, en su segundo viaje, y allí pasó algunos de los días más amargos de su trágica vida. Los españoles se establecieron en la costa de la isla, y la usaban más bien como base de abastecimiento para sus barcos, porque allí no había nada que les interesara; eso se ve muy bien en el hecho de que casi todos los lugares que hoy conservan un nombre español están en la costa —Puerto Antonio, Ocho Ríos, Río Bueno, Savannah, La-Mar. Los españoles continuaron en la isla hasta el año 1665, año en que una expedición inglesa encabezada por dos oficiales de Oliver Cromwell, Penn y Venables, los expulsó, y se apoderó de Jamaica. De la ocupación española se conservan recuerdos en los nombres de dos pueblos del norte de Jamaica: Dry Harbour (Puerto Seco), en donde entró Colón en busca de agua, que no encontró, y Runaway Bay (Bahía de la Fuga), donde se embarcó Ysassi, el último gobernador español de la isla, en un botecito en que logró llegar a Cuba, que queda a unos 140 kilómetros de distancia.

En el mapa de Jamaica se ven unos ejemplos sumamente interesantes de nombres españoles. Casi el único puerto de importancia para los colonizadores españoles en la costa del norte fue uno que llaman Manteca, y que es hoy un gran centro de turismo, Montego Bay. En esa misma costa hay un pueblo dominado por una montaña cuya cumbre está cubierta de una yerba amarilla; se llama Oracabessa. Uno de los lugares más pintorescos de la isla es donde el río Cobre pasa por una honda cañada entre montañas; los españoles lo llamaban Boca del Agua y hoy día se llama Bog Walk. No lejos de allí hay un pueblecito muy bonito cuyo nombre ofrece un ejemplo muy interesante de la corrupción del español; bajo los españoles, el pueblo se llamaba El Monte de Agua, y lo curioso es que en inglés se conserva el artículo español y el pueblo se llama The Moneague.

Hay muchos otros nombres de lugares en Jamaica que muestran claramente su origen netamente español; Santiago, Río Negro, Río Granada, Río Miño, Lucía, Sevilla. Pero más interesantes son unas palabras y expresiones del dialecto jamaicano en las cuales creo que se pueden ver recuerdos de la ocupación española. En la isla, cuando llegaron los ingleses, había muchos esclavos negros traídos por los españoles desde Africa, y en los 200 años de estar en la isla éstos habían aprendido a hablar español,